



CAPÍTULO V

ESTAMOS ya en Roma. Hemos venido á buscar la ciudad de los Pontífices en el Ocaso del siglo positivista y mirando despuntar la aurora de otro siglo envuelto en el arcano del porvenir. No llegamos en pos de la orgullosa Roma que, fundada por los gemelos amamantados por la loba, según la tradición, creció y se hizo opulenta llevando sus águilas victoriosas á todos los confines de Europa. No es la Roma de los Césares ni de los tribunos, que oyó un día la palabra elocuente de Cicerón, la que anhelamos ver, sino la que, inmovible ante las tempestades de las pasiones mundanas, sigue siendo la barca de Pedro milagrosamente salvada en medio de las borrascas por Aquél que es todo luz, verdad y vida.

Sí, esa es la Roma que buscamos y que Dios nos ha concedido visitar. ¡Ojalá que aprovechemos los dones que nos ofrece por mano del insigne Pontífice reinante, cuyo preclaro nombre brilla en el cielo de la Iglesia como un sol!

Por el momento, nuestros primeros pasos, se dirigen al Colegio Pío Latino Americano. Allí nos causa, desde luego, gratísima impresión, el cuadro en que está pintada la imagen de San Felipe de Jesús, nuestro bienaventurado compatriota, á quien se ha dedicado en México suntuoso templo expiatorio.

Acompañados por los alumnos del magnífico establecimiento, entramos luego en el Oratorio, templo grandioso de tres naves, resplandeciente de luces en aquellos instantes. ¡Qué emoción tan dulce nos causó ver en el ábside el cuadro que representa la aparición de María Santísima de Guadalupe! Se ve allí la santa imagen en el acto en que Juan Diego, el indio venturoso, desenvuelve su *tilma* para presentar las flores que llevaba en ella, al Obispo diocesano.

El altar mayor donde está colocada una bella escultura de María Inmaculada, con sus brillantes adornos y la multitud de ceras que ardían en él, tenía todo el aspecto de una ascua de oro. Y luego, eran tantas las bujías encendidas en los candiles de cristal que, al quebrar sus luces en los prismas, esparcían por todo el templo los colores del iris, como si las columnas y las bóvedas se hubiesen esmaltado con millares de piedras preciosas.

Celebrábase ese día, por especial privilegio concedido por la Santa Sede, la fiesta de la Virgen de Gua-

dalupe, y en ella ofició de pontifical el Ilmo. señor Ibarra. Las sagradas ceremonias fueron desempeñadas por los alumnos del Colegio con toda la exactitud prescrita en la liturgia.



EMMO. CARDENAL VIVES Y TUTÓ.

Se dignó asistir á la solemnidad el Eminentísimo y Reverendísimo señor Cardenal Vives, decidido protector del Colegio Pío Latino. Estuvieron presentes todos los peregrinos guardando el mayor orden, y dando señales de profunda devoción. Concurrieron además mu-

chas personas distinguidas de Roma, tanto del clero como seglares.

Lo que imprimió á la festividad un carácter peculiar fué la notable ejecución de la parte musical y la elección que se hizo de las piezas que la formaron.

Los cantores de la Patriarcal Archibasílica Lateranense ejecutaron, hábilmente dirigidos por el Maestro Filippo Capocci, la Misa *Eterna Christi Munera*, de Palestrina, produciendo un efecto armónico indescriptible. No fueron menos dignos de elogio el motete *Diffusa est*, de Nanini; el *Te Deum*, de Capocci el mayor, y el *Tantum ergo*, de Haller, que precedió á la bendición eucarística.

Los alumnos de la *Schola* que dirige en el Colegio el profesor Antonio Rella, tomaron á su cargo el desempeño de los *proprios* gregorianos del *Liber Gradualis*, y lo hicieron con perfecta entonación, dulzura y seguridad, causando la admiración de todos los asistentes.

Hizo los honores de casa el Rdo. padre Radaelli, rector del Colegio, que recibió calurosas felicitaciones por la organización de aquella fiesta que, al decir de todos, fué una de las más bellas entre las muchas que se habían celebrado durante el Año Santo.

Monseñor Ibarra sabía aprovechar el tiempo, así es que, de acuerdo con Monseñor Rafael Celli, Secretario sustituto de la Sagrada Penitenciaría, y aprovechando las dispensas especiales que ésta se sirvió concedernos, nos dió el programa á que debíamos sujetarnos para lucrar el santo jubileo. Monseñor Celli, dando muestras de una benevolencia ilimitada, tuvo á bien acompañarnos en todas las visitas. Su carácter afable, su notoria

humildad y su espíritu devoto, le hicieron estimar sinceramente de todos, y no habrá un solo peregrino que deje de recordarle con afecto y gratitud.

Nuestras primeras visitas quedaron designadas para la tarde del mismo día 16, y la que hicimos, desde luego, fué la de Santa María la Mayor.



BASÍLICA DE SANTA MARÍA LA MAYOR (ROMA).

Esta basílica patriarcal debe su origen á una revelación de la Virgen Santísima que se apareció una noche en sueños al patricio Juan, quien, careciendo de familia, deseaba emplear en obras santas su fortuna. La Virgen María le indicó que fundase el templo, apareciéndose también en sueños esa misma noche, al Papa Liberio,

y señalando como lugar adecuado para el objeto, la parte del monte Esquilino que se hallaría cubierta de nieve á la mañana siguiente. Juan fué á dar parte de su sueño al Papa, y como coincidía con el de éste, acudieron ambos al Esquilino, y siendo el 5 de Agosto, época de fuertes calores, quedaron maravillados al verlo cubierto de nieve.

El Papa Liberio cumplió la voluntad de María Santísima, y á expensas del patricio Juan, se erigió la basílica que ha ido sufriendo diversas transformaciones. Se le ha dado el nombre de Liberiana por haberla dedicado el Papa Liberio; el de Nuestra Señora de las Nieves, por el prodigio acaecido el 5 de Agosto, y Mayor por ser la más grande de todas las que hay en Roma dedicadas á la Virgen María.

He aquí cómo la Madre de Dios, que ha hecho brotar flores en invierno sobre las áridas rocas, como sucedió en el Tepeyac, hizo también caer nieve en fértiles campos durante los ardores del verano.

La portada es majestuosa, y antes de llegar á la puerta santa, á la derecha, se ve la estatua de Felipe IV, canónigo honorario de la basílica, lo mismo que los demás reyes de España que le han sucedido en el trono.

Allí se reunieron los peregrinos para hacer las visitas del jubileo, presididos por el Ilmo. señor Ibarra, y acompañados por Monseñor Celli, pronto á subsanar cualquiera omisión para que nadie se quedase sin lucrar las indulgencias concedidas por el Sumo Pontífice. Las visitas se hacían entrando en procesión por la puerta santa, y deteniéndose en los altares del Santísimo, de la Virgen María y de la Confesión, rezando las oraciones

prescritas para ese fin. En el trayecto de la puerta al primer altar, y de éste á los otros, se cantaban ó las Letanías Lauretanas ó las de los Santos.

No seremos nosotros los que digamos la manera con que se verificaron esas visitas. Veamos lo que dijo Monseñor Celli en el periódico *Il Pellegrino*, de Roma:

« ¡Qué bello, qué edificante era el espectáculo que en la ciudad del Vicario de Jesucristo ofrecían en las visitas á las cuatro Basílicas estos peregrinos tan compungidos, yendo de cuatro en cuatro en larguísimas filas, precedidos de la Cruz y todos cantando al entrar con paso grave y mesurado en las Basílicas citadas, y una vez allí, todos penetrados de la más acendrada piedad, se postaban delante de los altares y oraban con ardiente y visible fervor! Hermosísimo ejemplo de piedad y de respeto presentaron siempre en las grandes Basílicas, en cuyas bóvedas resonó el Himno Guadalupano.»

Santa María la Mayor tiene tres naves espaciosas sostenidas por hermosas columnas, de las cuales treinta y seis pertenecieron al templo de Juno Lucina. El techo artesonado, magnífica obra de arte, fué dorado con el primer oro enviado de América y regalado con ese fin por los reyes Doña Isabel la Católica y Don Fernando de Aragón.

No nos detendremos en pormenores respecto de esta grandiosa Basílica, por no ser ese el objeto que nos proponemos, y además, porque sobran descripciones minuciosas de ella en diversos libros publicados con profusión.

Sin embargo, nos permitiremos citar algo notable en nuestra humilde opinión. En la primera capilla, de la

derecha, es interesante ver el cuadro que representa el sueño del patricio Juan, como que de allí procede la fundación de la Basílica. La fuente del bautisterio es un monolito de pórfido que descansa sobre una rica columna de mármol, teniendo por remate la estatua de San Juan Bautista, en bronce dorado.

La capilla Sixtina, distinta de la que existe en el Vaticano, encierra bellezas de primer orden, como son la urna de verde antiguo que guarda intacto el cuerpo de San Pío V, el cual nos fué permitido venerar, así como el mausoleo de Sixto V, y el riquísimo tabernáculo de bronce dorado que tiene la forma de una antigua basílica sostenida por cuatro ángeles.

Contiene la iglesia mosaicos de gran mérito, representando asuntos de la vida de María Santísima. El bajo relieve de Bernini representando la Asunción, es muy celebrado. Numerosas son, en las diferentes capillas, las incrustaciones de piedras preciosas en que abunda el lapislázuli.

El altar mayor está formado por un baldaquino que sostiene cuatro columnas de pórfido. El altar de la Confesión, con sus magníficas columnas espirales, se levanta sobre una riquísima capilla, á la cual se baja por una doble escalera de mármol. Allí veneramos las tablas del pesebre, ó sea la Cuna humilde en que nació el Redentor del mundo.

Entre las reliquias que guarda esta Basílica, y son muchas, sólo mencionaremos los cuerpos de San Matías, San Jerónimo, San Pío V y algunos Santos Inocentes que pagaron con la vida la gloria de haber nacido con Cristo, es decir, de ser sus contemporáneos.

En una de las plazas contiguas á Santa María la Mayor se alza una columna estriada de mármol que perteneció á la basílica de Constantino. Allí la mandó colocar Paulo V, adornando su parte superior con una estatua en bronce de la Virgen María.

Roma es por excelencia una ciudad santa, y no hay lugar que no recuerde algún hecho glorioso para la religión. En Santa María la Mayor existe un soberbio mosaico que data del siglo V y representa el triunfo de la ortodoxia contra la doctrina de Nestorio y los suyos acerca de la maternidad divina de María. Triunfo es ese que cada día se viene confirmando más y más con las gracias que la Virgen Santísima concede á los pueblos que la invocan. No hay rincón del mundo donde la Madre de Dios no tenga un altar por lo menos, si no es que tiene templos, desde la ermita de la montaña hasta los grandes santuarios erigidos en su honor.

Terminada la visita de la Basílica Liberiana, nos dirigimos á la de San Juan de Letrán, *Madre y cabeza de todas las iglesias de la ciudad y del mundo*, como se lee en el frontispicio de la fachada principal, adornada con estatuas de santos y dejando ver entre gruesas columnas sus cinco logias, sirviendo la del centro para que el Sumo Pontífice diese al pueblo la bendición papal en las grandes solemnidades.

Así como Santa María la Mayor está bajo la protección de España, San Juan de Letrán lo está bajo la de Francia, y por eso se ve en la entrada lateral, donde se levantan los dos grandes campanarios, la estatua de Enrique IV colocada bajo el pórtico, á la derecha.

Esta patriarcal archibasílica es de cinco espaciosas

naves. La del centro está adornada con doce estatuas colosales de mármol blanco que representan á los Apóstoles; más arriba hay unos bajo relieves de estuco, y sobre estos últimos, unos frescos que representan á los Profetas.

No es posible entrar en detalles sobre cada cosa que



BASÍLICA DE SAN JUAN DE LETRÁN (ROMA).

se visita en Roma. Eso, no obstante, diremos 'aquello que tenga alguna importancia, omitiendo 'pormenores que no cabrían ni en un grueso volumen.

Muchas y ricas son las capillas de San Juan de Letrán; pero citaremos como principales la de la familia Torlonia y la de Corsini. En la primera son de admi-

rarse los mármoles transparentes, las estatuas de las cuatro virtudes cardinales, y sobre todo, el hermoso bajo relieve del *Descendimiento*, obra maestra de Tenerani. La segunda, rica también en mármoles finísimos, deja ver en el altar un precioso mosaico que es copia de Guido Reni, y dos bellas estatuas que representan la Inocencia y la Penitencia

El altar de la Confesión, airoso y de buen gusto, guarda en cofres de plata las cabezas de San Pedro y San Pablo. Bajo el altar mayor se conserva el ara en que celebraba Misa el Apóstol San Pedro y es la única de madera que existe en el mundo.

Frente al altar de la Confesión, en la parte baja, se halla la estatua en mármol de Martín V. Hay muchas reliquias de santos en esta Basílica, como la cabeza de San Zacarías, parte del cráneo de San Vicente Ferrer, un brazo de Santa Elena, la sangre de San Carlos Borromeo, y los cuerpos de algunos mártires; pero no hay nada que cause más profunda emoción que lo perteneciente al Divino Redentor. Allí está una parte de la púrpura que le vistieron por burla en su santísima Pasión, y allí se guarda la tabla de la mesa en que celebró con sus Apóstoles la última Cena.

En esta tabla se instituyó el sacrificio más augusto de la religión; en ella nos legó el mismo Cristo por misterio inefable, maravilloso, sorprendente, arrobador, la prenda de su amor más preciosa para el hombre: su Cuerpo adorable y su Sangre sacratísima.

Hemos recorrido palacios en que se conservan prendas que han pertenecido á los príncipes de la tierra, colmadas de oro y piedras preciosas, y las hemos visto

con indiferencia; pero la humilde tabla en que el Salvador instituyó el más grande de los Sacramentos, produjo en nosotros sentimientos que sería imposible trasladar al humano lenguaje.

Veíamos el Cenáculo; la noble figura de Jesús en medio de sus Apóstoles lavándoles los pies, y luego dándose él mismo como manjar celeste, como alimento de los débiles y de los fuertes, como verdadero maná, y nuestra mente no acétaba á discurrir frases adecuadas para ensalzar tan alto misterio. Tendremos que repetir con el Centurión: *Domine, non sum dignus*, y pedir á Dios que encienda nuestros corazones más y más cada día en el amor de Jesús Sacramentado.

Entre las obras nuevamente emprendidas debe citarse la del ábside, ordenada por Su Santidad León XIII, para dotar de un coro á San Juan de Letrán. La bóveda de mosaico antiguo hermosísimo fué hábilmente restaurada por el arquitecto Vespignani. Es notable bajo todos conceptos cuanto forma el coro, y muy en particular la silla pontifical, de estilo bizantino, hecha de mármol y adornada con riquísimas incrustaciones. Dos grandes frescos de magnífico efecto ocupan las dos arcadas laterales; uno representa á Inocencio III y á los jurisconsultos de Europa, y el otro á León XIII aprobando el proyecto de los trabajos que le presenta el arquitecto encargado de ejecutarlos en la Basílica Lateranense.

Sobre la puerta lateral de la iglesia está un órgano sostenido por dos columnas de amarillo antiguo que, en su género, se consideran como las más hermosas de Roma.

No debe olvidarse que entrando, á la derecha, se halla el retrato de Bonifacio VIII, publicando el jubileo de 1300, y que se atribuye á Giotto. En una de las naves laterales se ve también una bandera bastante grande: es una de las que quitaron los cristianos á los turcos en la memorable batalla de Lepanto.

El claustro anexo á la Basílica con sus dobles columnas bizantinas, es digno de visitarse, tanto por su belleza artística, como por las reliquias que allí se conservan. Hay un baldaquino sostenido por cuatro columnas de mármol que indica la estatura del Salvador; una silla antigua, también de mármol con mosaicos, que se cree perteneció al Papa San Silvestre; una plancha de pórfido en que fué sorteada la túnica de Nuestro Señor Jesucristo; dos columnas, una de la casa de Pilatos, donde se anunció al pueblo judío la sentencia de muerte del Redentor, y otra del templo de Jerusalén, que se hizo pedazos cuando expiró el Divino Maestro. Además, está colocado en el centro del patio, sobre un aljibe, el brocal del pozo de la Samaritana.

La visita de los peregrinos se verificó en San Juan de Letrán de la misma manera que se había verificado en Santa María la Mayor.

Antes de abandonar la Basílica merece citarse la capilla octógona en que se halla el bautisterio, el único que existió en Roma durante mucho tiempo y sirvió de modelo para los demás de su género. Son notables los cuadros de Sacchi, así como las estatuas de San Juan Bautista y de San Juan Evangelista, obras respectivamente de Valadier y de Della Porta.

El nombre de Letrán, según algunos, se le ha dado

á la Basílica, en virtud de haberse levantado á la subida oriental del monte Celio, en el lugar donde vivió Plautus Lateranus, que habiendo conspirado contra Nerón, fué sentenciado á muerte por este tirano emperador. Llámase también Constantiniana á causa de haberla



OBELISCO DE LA PLAZA DE SAN JUAN DE LETRÁN
Y PALACIO LATERANENSE (ROMA).

fundado, en 324, Constantino el Grande. En ella toman posesión de su alta dignidad los Sumos Pontífices después de haber sido designados por el Sacro Colegio. En ella se han celebrado, además, los cinco Concilios ecuménicos llamados lateranenses.

En el centro de la Plaza de San Juan de Letrán se ve el obelisco más grande de Roma. Es de granito rojo

y fué erigido 1560 años antes de Jesucristo por el rey Thutmosis III, en el Alto Egipto, frente al templo del Sol que había en Tebas. El año 357 fué transportado por orden del emperador Constancio al Circo Máximo, encontrándose después partido en tres pedazos. Su restauración en el lugar que hoy ocupa se debe á Sixto V.

No lejos de la Basílica se encuentra el edificio que encierra una preciosa reliquia: la ESCALA SANTA, la misma del pretorio de Pilatos, que subió y bajó tantas veces el Salvador del mundo, dejando en sus gradas impresas algunas gotas de su sacratísima sangre. Se compone de 28 escalones de mármol, y fué traída á Roma por la piadosa emperatriz Santa Elena. A fin de poder conservarla se ha cubierto con gradas de madera, dejando sólo unos discos de cristal en los lugares en que existen gotas de la preciosísima sangre de Nuestro Señor Jesucristo. Esta escala se sube de rodillas, y al pensar que la santificó estampando en ella sus santísimos pies el Divino Salvador, acuden al pensamiento reflexiones que no debieran olvidarse en la vida, y el corazón se siente poseído de indescriptibles emociones.

El descenso de la *Santa Escala* se hace de pie por dos escaleras laterales. En el pórtico que sirve de entrada, á la derecha, se ve la estatua sedente de Pío IX, y á los lados de la *Santa Escala* hay dos grupos de mármol que representan el *Beso de Judas* y el *Ecce Homo*, ambos mandados labrar por el insigne Pontífice al célebre escultor Giacometti.

Frente al descanso de la *Escala Santa* hay una hermosa capilla de orden gótico llamada *Sancti Sanctorum*,

por las reliquias que contiene. Es obra maestra del siglo XIII y uno de los pocos restos del antiguo palacio de Letrán. Entre otras cosas, hay allí un mosaico del siglo IX que representa á Cristo, y un lienzo con la imagen del Niño Jesús, llamado *acherotipa*, ó sea no pintado á mano, pues se dice que esta pintura fué comenzada por San Lucas y terminada por un ángel.

Anexa al *Sancta Sanctorum*, está una capilla servida por los Reverendos Padres Pasionistas, donde se venera una imagen de San Pablo de la Cruz.

Al salir de la *Escala Santa* se puede ver, anexo al edificio, un gran pórtico adornado con un buen mosaico, y con inscripciones conmemorativas en latín. Es también uno de los restos del antiguo palacio de Letrán.

La vista que de allí se disfruta es deliciosa. A un lado la severa fachada de la Basílica, y al otro los arcos del Agua Claudia, la entrada de la Villa Volkouski, donde se encontraron fragmentos de esculturas antiguas en 1857, restos del acueducto Neroniano, y por último, la amplia avenida que, sembrada de árboles, conduce hasta la basílica de Santa Cruz en Jerusalén.

En esa gran plaza se estaba exhibiendo uno de esos panoramas artísticos en que se combina la pintura de los lienzos con los objetos naturales, produciendo una perspectiva que es digna de verse. Era el panorama de la Tierra Santa, en que los espectadores, sin moverse de su sitio, pasan revista á los lugares más interesantes de aquella tierra en que se verificó la redención del género humano. Allí se ven con sus trajes peculiares á los habitantes de esas regiones, ya en sus chozas abrigadas por las palmeras, ya en el campo apacentando sus ove-

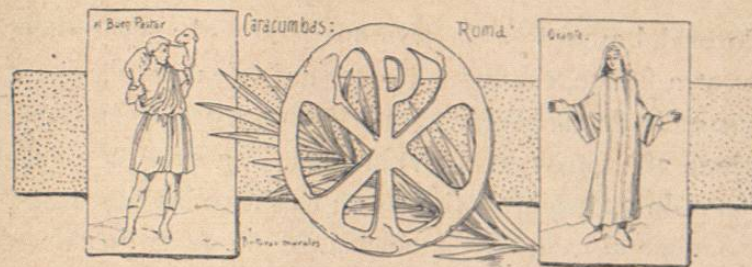
jas. También se contemplan en extenso paisaje Belén, Nazareth, Jerusalén, el Monte Tabor, el Mar Muerto, las montañas coloreadas por el sol poniente, y otros muchos sitios que sería cansado enumerar.

El *Presepe Surdi*, como allí lo llaman, por el nombre de su autor, es visitado diariamente por centenares de individuos, tanto de Roma como extranjeros.

Pasó el día 16 bastante bien aprovechado. Cuando la noche envolvía la ciudad con su obscuro manto, y alumbraban las calles numerosos mecheros de gas y focos de luz eléctrica, nos retiramos todos meditabundos, dispuestos para acudir á la mañana siguiente, á la cita que se nos había dado en San Pedro, á fin de continuar las visitas jubilares.



Torre de
Sta. Maria Maggiore.



CAPITULO VI

HEMOS llegado por fin al primer templo de la cristiandad, el mismo que anhela con ansia contemplar todo viajero que se dirige á Roma, y con mayor razón el piadoso peregrino que acude en pos de celestiales dones. La inmensa plaza está rodeada por la majestuosa columnata que coronan estatuas colosales. Elévase en el centro el obelisco de granito egipcio que fué colocado por Calígula en su Circo, y que hizo trasladar á donde hoy se encuentra el Papa Sixto V. A los lados de ese obelisco hay dos grandes fuentes que, idénticas en su forma, hacen subir el agua á cerca de seis metros de altura, desprendiéndose en cristalina lluvia que, iluminada por el Sol, reproduce los espléndidos co-